

Elogio de la dispersión

XABIER BANDE



hacer innecesarias dichas confesiones, pero también están aquellos funambulistas de la vida, capaces de no salirse de su ceñido y tenso camino sin perder el equilibrio del resto de cosas importantes. No entro a valorar el grado de genialidad con que cada uno haya sido premiado, ya que, incluso los más afortunados aunque aparentemente no necesitarían vender su alma o allegados al diablo, ello no condiciona la vehemencia de su empeño.

El secreto del éxito puede ser unos de los misterios más intrincados que llevan acompañando al ser humano desde los albores de los tiempos. Éxito, poder y riqueza forman una indisoluble trinidad que ha guiado y condicionado de una u otra manera cada logro o cada fracaso individual y colectivo de la humanidad. Se podría decir que solo una posible vía escaparía de esa trimurti de dioses de la motivación, la absoluta e inquebrantable convicción en un propósito, un ideal que marcará la vida de aquellos que lo posean, convirtiéndose en el eje de sus vidas, y en muchos casos, en el único valor absoluto. Todo lo demás acabará por ser circundante y superfluo, que o bien coadyugue a la consecución de tal aspiración, o al menos no signifique ningún obstáculo.

Valorar el verdadero significado del éxito, oculto tras su deslumbrante apariencia, correspondería a aquellos que lo han alcanzado. Se requeriría de al menos dos circunstancias para que tal valoración alcanzase un grado de sinceridad suficiente, que permitiese obviar los egos y miedos acumulados en su consecución. Una, que se realizara a altas horas de una madrugada en la que un grado etílico inconmensurable desatara esa sinceridad que nos desnuda frente a nosotros mismos, o bien, que se produjera al final de la vida, y puede que en similares niveles de alcoholemia. En muchos casos, observar el trasfondo de unos ojos que solo esconden el vacío insoldable de la nada, podría

Pero hay una tercera vía denostada e incomprendida por una sociedad donde el éxito se ha convertido, quizás de una manera más flagrante y desvergonzada que nunca, en la única aspiración de una legión de buscadores de un “el dorado” tan codiciado como irreal. Un camino en el que uno se convierte en único referente de sus propios logros. Dejando de lado la valoración o el reconocimiento de los demás, o al menos trabajando en la consecución de tal fin. El paso previo sería condenarse felizmente al ostracismo, renunciando a vivir de la propia obra, para a continuación dejarse subyugar por la experimentación, la intuición, la mera apetencia en pequeños e inconscientes retos de autorrealización.

Devenir en este proceso vendrá condicionado por características innatas como la ambición, el ego o las inseguridades de cada uno y la capacidad de reflexionar sobre las satisfacciones resultantes de la obtención del reconocimiento, o aquellas fruto de la mera ejecución de la obra. En algo que va más allá del mero planteamiento artístico o profesional y que entronca en un cuestionamiento global de los verdaderos valores de la vida.

Este proceso de empoderamiento auto confinado, se ve reforzado de continuo, por las múltiples y constantes presiones para que se adapte la obra a los clichés o tendencias imperantes en cada momento, o al menos ajustarse a un estilo preciso y reconocible.



Artistas que para poder seguir vendiendo no pueden dejar de pintar tejados, desnudos... o escritores ya reconocidos a los que los editores corrigen y marcan el estilo... consigue el éxito y date por esposado a él de por vida. Una curiosa dictadura ejercida por gestores con ínfulas artísticas y un mercado que se define única y específicamente por su propio nombre.

Pero centrémonos en las bondades de una búsqueda y experimentación artística constreñida únicamente por las propias voluntades y capacidades. En las disciplinas individuales, como la joyería, la fotografía o la escritura, siempre el abismo de enfrentarse a la creación a solas, desprovisto de certezas a la espera de descubrimientos que como luciérnagas, acabarán por inundar de luminosos y minúsculos éxtasis la consecución de lo inesperado. Y ese ego, acostumbrado a transitar estoico entre la indiferencia, en ocasiones encontrará pequeñas concesiones que lo signifiquen todo, al conectar con sensibilidades especialmente afines.

En los proyectos colectivos como el cine, el mismo abismo, pero esta vez acompañado de gente que comparte una ilusión, tan solo una ilusión porque nunca hay presupuesto. Y en ocasiones, cuando surge la magia, las ideas florecen con las aportaciones entusiastas de un equipo totalmente involucrado, encontrándote así frente a un triunfo repentino, que te sitúa de golpe ante la responsabilidad de lograr un resultado digno de tanta entrega y capacidad. Pero como en cualquier guión que se precie, los reveses vuelven a colocar el proyecto ante precipicios insospechados, abismos que se van sucediendo a lo largo del proyecto y que por momentos parecen insalvables, para luego ser siempre resueltos in extremis en una especie de desenlace inesperado, por la providencial excelencia profesional de tantos miembros del equipo. Y aquí, de nuevo, tu ego vuelve

a alimentarse de forma inmerecida, simplemente con la obtención de una obra que todos sienten como propia. Pero aún queda el premio final cuando das con un festival, donde al margen de los premios, compartes tardes de cine y noches de vinos con gente que ha convertido su certamen en la gran casa de los amantes del séptimo arte.

Intentarás engañarte jurando una y mil veces que no volverás a meterte en un enredo de tal magnitud, para seguir engañándote jurando que será tan solo una vez más, porque sigues teniendo cosas que contar y quieres volver a compartir esos momentos y volver a sentir ese vértigo y esas luciérnagas que te regala la creación de toda esa gente especial de la que te acabas rodeando.

Sentir la libertad de expresarte en cada momento a través de la disciplina artística que canalice tus inquietudes, puede que te prive de alcanzar el dominio absoluto que te proporciona una vida centrada en una actividad concreta, pero, por el contrario, expandirá tu curiosidad sobre un mundo de experiencias por descubrir y caminos por los que dar rienda suelta a tu creatividad. Sin certezas sobre qué te deparará el futuro, porque te dejarás llevar simplemente por tus impulsos en un vagabundear creativo de incierta resolución, en algo que se podría calificar, eludiendo su carácter negativo, como *Dispersión*. Según la RAE "Dividir el esfuerzo, la atención o la actividad, aplicándolos desordenadamente en múltiples direcciones", aunque yo preferiría definirlo como "diversificar el esfuerzo, la atención o la actividad, aplicándolos creativamente según tus prioridades"

